

LA MONARQUÍA DE TODOS LOS ENEMIGOS

POCAS dudas podíamos tener los españoles, pero desde ayer ya sabemos perfectamente cuál es la Monarquía que no encontrará abiertas, ni siquiera entornadas, las puertas de España: la Monarquía de todos los enemigos. Los ha citado, uno a uno, con sus nombres y apellidos, en un artículo que es casi un responso funeral, uno de los menos discretos propagandistas monárquicos desde las páginas de «A B C». El servicio más menudado que puede ofrecerse a la Monarquía es el de dibujarla con trazos tan rechazables y terribles que deban ser mirados con repugnancia e irritación por la gran mayoría de los españoles. Querer hacer de la Monarquía un borrón del Movimiento; querer resucitar el cadáver de la Monarquía liberal entregada a los múltiples brazos de los partidos; querer dar marcha atrás a la Historia para hacernos repasar capítulos tan cerrados como tristes; querer remover los cimientos de nuestra paz, de nuestra prosperidad, de nuestros principios, para elevar sobre la nada legitimistas castillos de viento; enrollar bajo la bandera monárquica un exiguo ejército de tullidos políticos, de habituales del disfraz, de aspirantes a validos, es definir claramente la

(Continúa en la página 15.)

LA MONARQUÍA DE TODOS LOS ENEMIGOS

(Continuación de la pág. primera)

Monarquía que no tiene entrada en España. Y la definición, en este caso, ha sido precisa y perfecta.

LA Monarquía de la que lícitamente puede hablarse es muy diversa; es la que acepte, propugne y defienda los Principios del Movimiento, proclamados por nuestro Caudillo; la Monarquía que dentro de los veinte años que se nos citan fuese capaz de proyectar esos principios sobre un futuro indefinido con el progresivo perfeccionamiento que el discurrir del tiempo impone y que la misma esencia del Movimiento, por definición, exige. La única Monarquía que los españoles pueden concebir es una Monarquía española, desde la raíz a la última virola de la Corona, y no belga, ni noruega, ni sueca, ni danesa. La única Monarquía que pueden concebir los españoles es la Monarquía limpia y nueva que no se halle invalidada por la herencia de las taras y pústulas que la hicieron caer, sin pena ni gloria, en abril de 1931. Aquella Monarquía que se adelgazaba estúpidamente de espaldas al pueblo trajo las hogueras de la República y provocó y justificó tres años de contienda civil. Los españoles de hoy, después de veintisiete años de paz, progreso y crédito en el mundo, no pueden ser empujados hacia atrás por las manos débiles de cuatro escuderos con más ambición que memoria.

EL Régimen español no es un interregno. El Régimen español no es un puente que pueda unir un pasado miserable con el futuro que patrocina la Monarquía de todos los enemigos. Si la Monarquía estuviese condenada a ser lo que el artículo que ayer leímos patrocina, encontraría enfrente a todos los españoles, unidos espontáneamente, impresionantemente, espectacularmente, como en las ocasiones solemnes de nuestra Historia, como sólo Francisco Franco nos ha visto unidos desde hace muchas décadas. Es más fácil reinar después de morir que reinar después de claudicar, y claudicante es la Monarquía que se nos propone desde las páginas de «A B C». Si aun antes de ser entronizada esa Monarquía favorece la insolencia de una camarilla de cortesanos y palaciegos como la que ha irrumpido en la vida política española al amparo de una libertad de Prensa que la mayoría de los españoles merecen y administran con prudencia y justicia, tal Monarquía queda invalidada para siempre. Y esa responsabilidad caerá sobre los hombros de quienes disponen de instrumentos de Prensa, que de manera repetida y suicida vienen siendo hurtados al servicio de la unidad de los españoles para ser puestos al servicio de una ambición particular y desintegradora. Al servicio de la Monarquía de todos los enemigos.

ES difícil borrar de la memoria de los españoles palabras que aún no han sido desmentidas ni confesadas como pecados irrepetibles. Los principios que fundamentan la vida colectiva de los españoles son mucho más firmes que todas las pretendidas legitimidades dinásticas y todas las arrogantes pretensiones al Trono de España. La ley de Sucesión es palabra común de Francisco Franco y del pueblo español y es palabra que nadie que la haya atacado puede borrar. Los españoles mejor dispuestos a aceptar la Monarquía han esperado en vano durante diecinueve años que quien pronunció entonces estas palabras las retire con la buena fe de quien reconoce un error, insalvable por no enmendado: «Todas las ventajas de la Monarquía hereditaria desaparecen en el proyecto de ley de Sucesión, que abre la puerta a numerosas querrelas intestinas y nos hace retroceder a una de esas formas imperfectas de Monarquía electiva que siempre ha conducido a los pueblos a tan trágicos conflictos en el transcurso de su evolución. Ante estas intenciones tengo el ineludible deber de protestar y reafirmar solemnemente y públicamente el supremo principio de legitimidad que yo solamente encarno.» (Don Juan de Borbón en el Manifiesto de 7 de abril de 1947.) Y dos años antes escuchamos los españoles, en momentos en que culminaba nuestra unión absolutamente unánime en torno a Francisco Franco y frente a la enemiga de un mundo apasionado recién salido de una guerra terrible, otras palabras tampoco desmentidas: «No incito a nadie a la rebelión, pero quiero recordar a aquellos que apoyan el actual sistema político la inmensa responsabilidad que contraen contribuyendo a prolongar una situación que conduce inevitablemente al país a una catástrofe.» (Don Juan de Borbón en el Manifiesto de Lausanne de 24 de marzo de 1945.)

LA más inmediata catástrofe en que podríamos desembocar es la de dar paso a una Monarquía representada por estas palabras y defendida por quienes pretenden, sin razón y haciendo un flaco servicio a lo que dicen patrocinar, convertirlas en culpa y error transmitidos a los descendientes de esa rama dinástica.

LOS hombres que escriben en «A B C» consideran tal vez demasiado fácil crear una legalidad y arraigarla en el corazón y en el entusiasmo del pueblo y darle veintisiete años de continuidad, de paz, de asistencia popular, cuando tan frívolamente intentan encerrar esos años en un paréntesis para reanudar el párrafo de desgracias. Los hombres que escriben en «A B C», con sus «interregnos», con sus «barcos a la vista», con sus «monarquías noruegas o suecas», están patrocinando la Monarquía de todos los enemigos. Y sólo y nada más que de todos los enemigos.

697/024/045